

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORÁL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo, Y bendijo el dia sétimo, y sanciólo.

(GEN. CAP. II VERS. 2 Y 3

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

EL HIJO DE LA VIUDA DE NAIM.

Et ait; Adolescens, tibi dico, surge Et resedit qui erat mortuus et coepit loqui Et dedit illum matri suae. Luc., cap. VII, vv, 14 et 15.

Y dijo: Mancebo, A ti te digo, levántate: Y se sentó el que habia estado muerto, y comenzó á hablar. Y le dió á su madre.

Bien hacía Jesús todas las cosas. Y todas las cosas que hacía, ponian de relieve su ardiente caridad y su infinito poder de tal modo que las muchedumbres llenaban los aires con aclamaciones entusiastas y confesaban á voz en cuello que aquel hombre, poderoso en obras y palabras no podía hacer tales cosas sino fuese Dios. Hoy hallamos en el Evangelio una prueba elocuente de cómo en el plan divino de redimir á la humanidad esclava, con la doble servidumbre del error y de la corrupcion, en-

tró la idea de los milagros, milagros de amor infinito y de infinito poder con los cuales se acreditase en el curso de los siglos que Jesucristo es Dios y que como Dios es todo caridad.

«Iba el Salvador á una ciudad llamada Naim, acompañado de sus discípulos y seguido de una grande muchedumbre de gentes del pueblo. Y cuando llegó cerca de la puerta de la ciudad, hé aquí que sacaban para darle sepultura á un difunto, hijo único de madre viuda; y con ella venia mucha gente de la ciudad. Luego que la vió el Señor, movido de misericordia hácia ella, le dijo: no llores. Y se acercó y tocó el féretro. Y los que le llevaban, se pararon. Jesús dijo entonces: levántate, mancebo, yo te lo mando. El que habia muerto se sentó, y empezó á hablar, y Jesús le dió á su madre. Todos quedaron sobrecojidos, y glorificaban á Dios, diciendo: un gran profeta ha aparecido entre nosotros, y Dios ha visitado á su pueblo. Y la fama de este milagro se extendió por toda

la Judea y corrió por toda la comarca.»

Hé aquí la tierna y conmovedora historia, referida por el evangelista San Lucas, y escogida por la Iglesia para adoctrinar á su hijo único el pueblo cristiano. El sentido literal nos muestra á Jesús, movido de compasión hácia la afligida viuda de Naim, y dando la vida al mancebo difunto que era conducido en un féretro para darle sepultura. Hay aquí dos obras que reclaman de nosotros el doble tributo de la admiración y de la gratitud: una obra de poder y otra de caridad. Todas las miserias humanas resuenan con eco simpático en el amoroso corazón de Jesucristo, y para todas encuentra en los tesoros de su omnipotencia misericordiosa medicinas eficaces y consuelos inefables. ¿Hay mayor miseria que el pecado? ¿Y qué busca, que anhela Jesús, cuál es el fin de sus misteriosas jornadas, sino la curación del pecado y de las miserias del pecado? Estudiemos con interés la preciosa letra del texto evangélico y veremos como se desprende de tan bello y tierno pasaje, esta verdad de dulcísima esperanza y de inefable consuelo para los miserables pecadores, á saber: El amor de Jesucristo es omnipotente y es el móvil de ese amor infinito la miseria del pecador.

Iba Jesús á la ciudad de Naim, acompañado de sus discípulos y seguido de una grande muchedumbre. Naim, ciudad de Galilea, estaba situada al pié del monte Hermon, distante dos mil pasos del Tabor. Al llegar el Salvador á las puertas de la ciudad, sacaban para darle sepultura el cadáver de un jóven, hijo único de

una mujer viuda. Allí se juntaron ambos acompañamientos, el que seguía á Jesús, y el que salía de Naim, haciendo duelo al jóven difunto. Allí estaba la triste viuda, rasgadas sus entrañas de dolor, y reflejando en su rostro la desolación y la amargura. Todos se compadecían de tan grande infortunio y se apresuraban á consolar aquel corazón maternal cubierto con toda clase de lutos y oprimido con el peso de mil géneros de angustias. Todos conocían la triste situación de aquella madre desolada, aunque no comprendiesen el abismo de su aflicción. Era viuda, aunque de buena posición y de familia distinguida como se ve por la pompa de los funerales, pero no contaba con la compañía de su esposo, y no tenía otro consuelo en el mundo que su único hijo, y esta mujer llora la pérdida de su unigénito, de aquella preciosa existencia segada en flor, y con tal motivo la pérdida de las más caras afecciones del corazón. Pues bien, allí estaba Jesús, largo en bondades y rico en misericordias. Y como viera la situación de aquella madre angustiadísimá. *Quam cum vidisset Dominus*, movido de misericordia, le dijo: no llores. Señor, ¿vos mandáis que no llóre á una madre viuda, madre ya sin hijo, y viuda desolada? ¿Cómo no llorar sobre el cadáver de un hijo, esperanza única de su viuded, y único consuelo de su corazón? ¿No habeis dicho que os conmueven las plegarias del pupilo y que escuchareis compasivo los gemidos de la viuda? (1) ¿No mandáis que lloremos sobre los muertos (2)

(1) Eecl., 35.

(2) Eec., 38.

y que les rindamos el tributo de nuestras lágrimas? (1) ¿Podía la triste viuda comprimir los movimientos íntimos de su corazón congojado? ¿Podía cerrar sus ojos, manantiales de amargo llanto, natural de sahogo de su espíritu contristado? ¿Qué significa, pues, qué enseñanza nos dais con la frase *no llores* dirigida á una madre congojada? ¡Ah! no reprueba el Salvador nuestras lágrimas cuando nacen de un corazón contrito y resignado y cuando las origina un motivo noble y digno, tan digno y noble como el sentimiento de una madre por la pérdida de un hijo, pupila de sus ojos y encanto de su corazón. El nos enseñó á llorar, pues lloró sobre el sepulcro de su amigo Lázaro, lloró sobre la ingrata Jerusalem, lloraba conversando con los pecadores, y lloró cuando pendía de la Cruz, siendo sus lágrimas mezcladas con su sangre el precio de nuestro rescate y el alivio de nuestras pesadumbres.

No reprueba nuestro llanto no, antes se conmueve su corazón amantísimo en presencia de nuestra miseria cuando nos ve humildes, reconocidos, llorosos y suplicantes, y se apresura á consolarnos cuando nuestra tristeza es digna y los abatimientos son llevados con resignación. El Salvador se conmovió ante la dolorosa situación de la viuda de Naim, se apiadó de sus congojas, y mirándola con aquella mirada que es la vida, *no llores*, la dice. Consuélate, cesa ya de llorar, *quia citó filius tuus suscitandus est*. Cesen ya tus congojas y tu llanto porque yo soy la resurrección y la vida, y tu hijo se le-

vantará del féretro y yo te lo devolveré lleno de vida y serás madre de un hijo por mi resucitado en premio de tus lágrimas. Y como Jesús lo dijo, así fué hecho. Acercándose al ataúd lo toca, se detienen los conductores, y dice: *Adolescens tibi dico, surge*. Joven, levántate; yo te lo mando. Aleco de esta voz, voz de poder, de virtud y de magnificencia, el mancebo se incorporó en el féretro y comenzó á hablar con asombro de la muchedumbre. Y fué entregado el mancebo por mano de Jesús á la viuda desolada, objeto de tantas bondades. *Et resedit qui erat mortuus et copit loqui. Et dedit illum matri suæ*. ¡Dichoso llanto el de la angustiada madre! amor inefable el de Jesús! ¡misericordia infinita la del Salvador.

Cuando Jesús se acerca á las puertas de la corrompida ciudad del mundo, se ofrece á su vista un cuadro desgarrador; las ruinas de la muerte, los estragos de la culpa, las víctimas del pecado, los féretros que ha llenado el vicio, las almas sepultadas en la fosa de la sensualidad generadora de la podredumbre. ¿Quién dará vida á estos cadáveres? ¿Qué voz será poderosa á resucitar estos muertos? ¿Quién devolverá á la Iglesia llorosa y angustiada los hijos que le arrebatan los desórdenes y vicios? ¿Quién enjugará las lágrimas de tantas almas desoladas á causa de las numerosas víctimas que va dejando tendidas por todas partes el mónstruo del pecado? Es preciso que se acerque Jesucristo y toque con su mano el féretro de las miserias humanas. Sólo él tiene poder para dar vida á los muertos. Con

(1) Eecl., 5.

solo tocar el féretro de la conciencia, se calman las pasiones, detiéndense los impetus de la concupiscencia, despierta el pecador de su letargo y conociendo su triste situación, se dispone á recibir la vida que le ofrece el vencedor de la muerte y autor de la vida. Es un féretro la conciencia del pecador, y cuando Jesús movido de misericordia, quiere curarla, acércase á ella, y tócala con el toque de la adversidad, con el toque de la palabra divina, ó con el de su gracia interior que es luz, fuerza y auxilio eficacísimo para recobrar la salud y la vida. *Loculus est conscientia peccatoris quam Christus tripliciter tangit scilicet flagello adversitatis, verbo prædicationis, gratia inspirationis.* El difunto se estremece en su ataúd al contacto de Jesús. El que estaba muerto volverá á vida. Jesús dice: Mancebo yo te lo mando, levántate. Voz de poder, voz de magnificencia, voz de virtud que conmueve los corazones faltos de vida y deshace las montañas de la soberbia, voz de Jesús que ilumina las conciencias y reanima los espíritus y enciende los corazones, voz de misericordia que cae sobre las miserias humanas, y las miserias desaparecen, voz sobre la vida y sobre la muerte, voz que penetra hasta el fondo de los sepulcros, y la oyen hasta los muertos; hasta los cadáveres podridos, hasta los Lázaros y las Magdalenas, y los muertos resucitan.

Esta voz, expresion del poder infinito y de la infinita caridad de Jesús es la que resuena en el corazón de los pecadores, y con su virtud les infunde vida, habla y movimiento como al mancebo de Naim. *Et rese-*

dit, et copit loqui, dedit illum matri suæ. Hé aqui las señales de una verdadera conversion. Cuando el pecador reanimado por la gracia de la contrición se levanta del sepulcro de sus pecados, *resedit*; cuando flexible ya, y suelta aquella lengua helada, inerte, abandonada del espíritu que la movia, confiesa los pecados y muestra las llagas de su corazón al médico de las almas, *copit loqui*; cuando devuelto á la vida es entregado por mano del Sacerdote á su madre la Iglesia, *et dedit illum matri suæ* ya podemos glorificar al Señor y exclamar como el Profeta: hé aqui una trasformacion que sólo se debe al amor omnipotente de Jesús. *Hæc mutatio detero Excelsi.* Nada más justo que magnificar al Salvador como las turbas del Evangelio en vista de sus prodigios, diciendo: Este es el gran Profeta que habia de venir, el Mesías suspirado, el obrador de maravillas, el Redentor de los esclavos, el consolador de los afligidos, el Hijo de Dios que ha visitado á su pueblo desterrado en este valle de miserias, y viene á borrar con su sangre el decreto de nuestra condenacion eterna, y á franquearnos las puertas de la patria celestial donde seremos dichosos por toda la eternidad, Amen.

LA CRUZ DE VARSOVIA.

LEYENDA POLACA.

En la Iglesia catedral de San Juan, en la capilla lateral del altar mayor, á la cual mañana y tarde acude una muchedumbre de piadosos fieles para orar, se levanta sobre el altar una

cruz de madera, llamada la cruz milagrosa. La imagen del Redentor es de tamaño natural. Desde tiempo inmemorial, el pueblo de Varsovia repite á propósito de este Crucifijo, tradiciones interesantes que vamos á transcribir.

I.

En tiempos remotos, cuando ardia la guerra entre los cristianos y los turcos, un soldado natural de Varsovia cayó prisionero de los infieles. Conducido á la capital del imperio otomano, fué destinado á cuidar los caballos del sultan. Junto á una fuente á donde iba él á abreviar los caballos, habia plantada en el suelo una cruz que llevaba la imagen del Dios hombre; á aquella cruz los infieles solian atar sus cabalgaduras, y de los golpes que sacudian á los animales, recibia no pocos el santo Crucifijo. Viendo esto el buen soldado, se llenó de espasion y de enojo, y resolvió poner término á tan brutal atropello de la cruz. Una noche, pues, protegido por las tinieblas y sin que nadie le viera, corrió sigilosamente á la fuente, arrancó la cruz del suelo, besó con devocion los pies del Redentor y arrojó al rio la imagen sagrada, diciendo: «¡Oh mi dulce Salvador! ¿No es mejor que tu santa y veneranda imagen esté sepultada en las olas, que no que sufra constantemente tantos ultrajes é insultos de esos impuros paganos?»

Pasaron algunos años: el piadoso, soldado recobrada su libertad, volvió á su ciudad natal. Aquí, de repente, un dia hermoso, apoyándose en una ventana de su casa, oyó en la calle un tumulto inmenso. La gente, alborotada, acudia..... las calles y las pare-

des de las casas resonaban de sus gritos y clamores. El guerrero preguntó la causa de aquella agitacion tan extraordinaria. «¡Milagro! le contestan mil voces. ¡Milagro en medio del Vistula! ¡Acudid, venid á verlo!» Bajó á la calle y dejóse arrastrar por la corriente de la multitud.

Las orillas del rio estaban cubiertas de un gentío inmenso, el cual, postrado de rodillas y con las cabezas descubiertas, glorificaban á Dios con frenético entusiasmo por el prodigio extraordinario que estaba presenciando. Era que, en medio del rio, se elevaba del seno de las aguas plateadas, derecha, como clavada en el suelo y subiendo contra la corriente, una cruz de madera con la imagen sagrada del Salvador de los hombres..... El Obispo, acompañado del clero de la catedral, en hábitos de gran piedad y con cirios encendidos, bogaba sobre el rio en una barca, esforzándose inútilmente para acercarse al huésped milagroso.

A pesar de la profunda calma que reinaba sobre las aguas, era imposible á los remeros dar un paso hácia el sitio donde estaba el prodigio..... De improviso, nuestro piadoso militar reconoció la cruz que él años atrás habia arrojado al rio, muy cerca de la fuente..... Pide hablar con el Prelado, y le hace una reseña de su buena accion, hecha en tierra musulmana. En vista de ello, el Obispo manda que se deje al leal soldado ir solo en una barca al encuentro de la cruz milagrosa; mas así que nuestro héroe puso el pié en la barca..... la cruz, avanzando por si misma, vuela y se hecha en los brazos de su libertador. El soldado,

enternecido, la trasporta á tierra, y en seguida, en medio de una explosión de gozo y de entusiasmo indescriptible, mezclado de lagrimas de ternura de todo aquel pueblo piadoso, la santa cruz fué llevada en procesion solemne á la parroquia de San Juan, y colocada en el altar mayor, donde desde aquella época hasta nuestros dias ha obrado numerosos y sorprendentes milagros.

II.

Con el tiempo, el altar se fué cubriendo de muchos regalos ofrecidos por la piedad de los fieles. Un señor polaco puso un dia sobre la cabeza del crucificado aquella preciosa corona de diamantes que hoy dia brilla aún.

Sucedió, pues, que un ladron impío, atraído por el cebo de tan preciosa joya, resolvió robarla: deslízose de noche en la capilla, escaló el altar, y con una mano cogió la corona Empero, cuando el ladron quiso bajar y llevarse el botin..... los dedos de la milagrosa imágen de Cristo se cerraron ¡y detuvieron al bandido colgado en el aire por un cabello solamente!..... ¡Todos los esfuerzos que hizo el criminal para desprenderse fueron inútiles; retenido por un cabello como por una cadena de hierro, en aquella postura violenta le sorprendió la aurora, siempre asido á la cruz y con un pié sobre el altar!..... No tardó el guardian de la catedral en entrar en la capilla, yendo á encender los cirios para la Misa, cuando vió aquel hombre azorado en aquella posición extraña..... y corrió á avisar al clero.

Acudieron al momento los ecle-

siásticos seguidos de inmensas oleadas del pueblo enfurecido contra el ladron. Por una vez unánime, el criminal fué condenado á muerte, lo rodearon, lo ataron, pero ¡oh prodigio!.... ¡cuando quisieron desprenderle de la cruz, el cabello que lo sostenia no queria romperse!.... Todas las tentativas fueron vanas; ni el vigor de un brazo fuerte, ni el filo de la espada podian cortar, ni la llama abrasar aquel cabello cogido por los dedos de Dios?... La muchedumbre ve disidió en pareceres: «¡que el culpable sea decapitado aquí mismo!» gritaban unos, «¡que sea quemado vivo en el mismo sitio!» decian otros. «¡Y yo, gritó un niño rubio y gracioso que salió de en medio de la multitud, doy tambien mi parecer: abandonemos al criminal á la voluntad de Cristo, que lo detiene cautivo; Si Dios quiere perdonarlo, él es dueño: si quiere castigarlo, él sabrá castigarlo sin nosotros!» «¡Tiene razon el niño; exclamó á una voz el pueblo, dejemos que el mismo Señor, ultrajado, decida de la suerte de ese ladron sacrílego!»

En esto, los dedos de la santa imágen se abrieron, dando libertad al culpable, «¡Gloria á la infinita misericordia divina!» gritó el pueblo.

Convertido por la clemencia de Cristo, el bandido se retiró del mundo y murió en los ejercicios de la penitencia, en la soledad de una ermita.

(De *La Hormiga de Oro.*)

EFICACIA DE UN PADRE NUESTRO.

Hallábase Federico Soulié, nove-

lista francés, próximo á la muerte. Educado fuera de toda creencia religiosa, y no sabiendo lo que era orar, el infeliz no se preocupaba poco ni mucho de su alma.

Una Hermana de la Caridad que le asistía, estaba arrodillada al pié de su cama rezando devotamente el santo rosario. Sus ojos y sus mejillas estaban inundadas en llanto. El enfermo levanta la cabeza. «¿Qué estais diciendo, Hermana mia? Padre nuestro que estais en los cielos... ¿qué hermosas son esas palabras!... ¡Repetidlas otra vez!...» La Hermana empieza su oracion de nuevo. «¡Eso es magnífico!... quiero decirlas con vos...» Y como un niño la aprende de los lábios de su madre, por igual manera Federico Soulié aprendió palabra por palabra la oracion dominical de los lábios de aquel ángel de caridad, cuya oracion habia llegado hasta el trono de Dios, y repetia enternecido: «Santificado sea tu nombre... venga á nos el tu reino...» Y murió en la paz del arrepentimiento, despues de haberse reconciliado con Dios, murmurando aquellas vivificantes y dulces palabras.

VARIETADES.

Leemos en la *Semaine Catholique de Toulouse*:

«El año último, tres desdichados obreros pagados por los sectarios se hicieron culpables de un sacrilegio abominable en las cercanías de Bontonia. Hay en las cercanías de la ciudad unos pórticos que conducen al santuario de Nuestra Señora de San Lucas, donde se venera una imagen de la Santísima Virgen. Los tres

obreros escalaron una noche la verja de hierro que protege la imagen y á martillazos rompieron la cabeza de la Virgen y del Niño Jesús. Este atentado indignó vivamente la policía hizo diligencias para descubrir los culpables, pero todo fue en vano. Un mes mas tarde un obrero moria en el hospital de resultas de una herida. El médico le preguntó sobre el arma que le habia ocasionado la herida; el moribundo acabó por confesar que despues de haber roto con sus compañeros la imagen de la Santísima Virgen, al bajar de la reja que guarda el altar, esta le habia lastimado; confesó asimismo que sus dos cómplices habian ya comparecido ante el tribunal de Dios. Uno era albañil y cayó de un andamiaje quedande muerto; el otro se habia ahogado. El infeliz manifestó señales de arrepentimiento y murió de su herida.

—
«Ea, alma mia, despiértate, y levanta tu espíritu y tu entendimiento para considerar cuál y cuán grande es aquel bien que es Dios. Considera que si cada uno de los bienes es deleitable, ¿cuán deleitable será aquel bien que contiene en sí el deleite de todos los bienes? Y no tal deleite cual es el que en las cosas criadas experimentamos, sino otro tan diferente de él cuanto lo es la criatura del Criador.

»Si es buena la vida criada, ¿cuán buena será la vida que la crió! Si es amable la sabiduría de las cosas criadas, ¿cuán amable será aquella sabiduría que hizo y creó todas las cosas de nada!

»Si hay en las cosas deleitables

tantos y tan grandes deleites, ¡cuán grande y cuán maravilloso será aquel deleite que hizo todas las cosas de leitables!»

(San Agustín.)

La Institucion de los Hermanos de las escuelas cristianas ha obtenido el primer premio en el gran concurso pedagógico celebrado recientemente en Londres.

Esto prueba lo ignorantes y enemigos de la civilizacion que son los institutos religiosos.

ACERTADAS DISPOSICIONES.

En un bando publicado por el Alcalde del Ayuntamiento de Entrambasaguas, Sr. D. Juan Miralles, leemos la siguiente:

«Se prohíbe igualmente tener en público y en alta voz conversaciones obscenas, blasfemar, ultrajar, apostrofar ó molestar á persona alguna, así como cantar canciones que provoquen á desórden ó escándalo».

El alcalde de Salas de los Infantes (Burgos) ha dado un bando reprimiendo el asqueroso vicio de la blasfemia, y las faltas de respecto á los Sacerdotes.

El celoso alcalde de Alcalá de Henares ha mandado á sus dependientes vigilar con frecuencia los establecimientos de bebidas y todos aquellos puntos de reunion donde se pronuncien blasfemias, para que los infractores sean entregados á los Tribunales ordinarios, y castigados segun las leyes.

Lo que tampoco puedo explicar es el amor, gozo y consuelo con que encomiendo á mi amor Jesús esas almas predestinadas y felices, teniendo á Jesús en mis manos para recibirle, diciendo: *Yo os encomiendo, amor mio, y os entrego en vuestras santísimas manos. y os meto en vuestro divinísimo Corazon, para que eternamente los tengais en él; á mi dulcísimo y amantísimo P. N. etc.: á quienes vos amais tanto, y á quienes yo amo lo que vos solo sabéis; porque vos los amais, y porque vos me los encomendais. Yo os encomiendo todas sus cosas de sus oficios, misiones, etc. Mirad, amor mio, por la gloria de vuestro adorabilísimo y dulcísimo nombre, y por la conversion de nuestros hermanos y prójimos, que todos nosotros tanto anhelamos y os pedimos, etc. (P. Cardaveras, en carta al P. Galatayud.)*

Algunas veces se me ha parecido Jesucristo mostrándome su santísimo corazon todo lleno de congojas y angustias mortales; como cercado, metido y anegado en un mar de penas y amarguras, diciéndome al mismo tiempo de presente las estrechuras y agonias en que en otro tiempo se vió S. Magestad, y significándome las sentidísimas quejas que tiene ocultas en su alma contra las continuas ingratitudes del mundo, y mas de las almas que tan de cerca, tan frecuente y tan familiarmente le tratan cada dia; diciéndome que éstas son las deslealtades mas feas, que mas en rostro le dan, y las que mas cruel y desapiadadamente martirizan su amoroso y divino Corazon.

(P. Cardaveraz).